

Ministerio del Interior
Secretaría de Estado de Cultura y Educación
Administración de Educación Física, Deportes y Recreación

MANIFIESTO SOBRE EL DEPORTE

ELABORADO POR EL C.I.E.P.S. EN COOPERACION CON LA U.N.E.S.C.O.

Foll
372.879

1

Ministerio del Interior
Secretaría de Estado de Cultura y Educación
Administración de Educación Física, Deportes y Recreación

INV	011477
SIG	1011 372.879
LIS	1

MANIFIESTO SOBRE EL DEPORTE

ELABORADO POR EL C.I.E.P.S. EN COOPERACION CON LA U.N.E.S.C.O.

EJ. 2

07080

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1969

2

ICSPE

Elaborado por el C.I.E.P.S., en cooperación con lo U.N.E.S.C.O., tras previa consulta a los Gobiernos y organizaciones privadas interesadas y difundido con motivo de la Conferencia Internacional sobre el Deporte y lo Educación, celebrada en Méjico los días 7, 8 y 9 de octubre de 1968.-

MENSAJE DEL SEÑOR RENE MAHEU

Director General de la UNESCO

La Asamblea General del Consejo Internacional para la Educación Física y el Deporte tomó una iniciativa de gran significado cuando, en octubre de 1964, aprobó el **Manifiesto sobre el Deporte** y decidió someterlo al examen de todos los que se interesan por el deporte, particularmente, de los dirigentes deportivos y de los educadores.

Dicho examen se realizó y el Consejo ha recibido de numerosas organizaciones de todo el mundo, notas y comentarios que han sido extremadamente útiles para la puesta a punto del **Manifiesto**.

El **Manifiesto**, en su nueva redacción, debe ser difundido justo antes de la apertura de los XIX Juegos Olímpicos, los cuales, a no dudar, demostrarán de nuevo, con amplitud y esplendor extraordinarios, el inmenso y siempre creciente lugar que el deporte ocupa en el mundo moderno.

Fenómeno social de planetarias dimensiones que hunde sus raíces con sus múltiples ramificaciones en la vida de jóvenes y adultos, de hombres y mujeres —práctica y espectáculo, aspiración y diversión, profesión y educación, higiene y cultura— el deporte ya ha dejado de ser la meta caprichosa constituida en válvula de escape del individuo. Además, se le encuentra ligado estrechamente —unas veces causa, otras efecto o un simple indicio, pero siempre digno del mayor interés— con los grandes problemas cuya solución condiciona el porvenir de nuestra civilización; el rejuvenecimiento de la población, la urbanización, la organización comunal en las sociedades en vías de rápida evolución, la estructuración de los jóvenes Estados que han accedido bruscamente a la independencia, la utilización de los ratos de ocio surgidos de la mecanización del trabajo o del subempleo.

Naturalmente este prodigioso desarrollo del deporte había de engendrar su propios problemas. Ahora bien, hasta fecha reciente estos problemas pudieron ser tratados —y en gran parte resueltos— por los propios, y tan a menudo benévolo, directivos del movimiento deportivo. Prueba segura de la originalidad del hecho deportivo, de la energía creadora del espíritu que lo anima, pero también de la indiferencia que desde hace mucho tiempo muestran a este respecto los tradicionales jerarcas de la sociedad.

Pero hoy día la situación ha cambiado por completo. Las fuerzas económicas que vitalizan el mundo del espectáculo y de la diversión, particularmente en los países de democracia libe-

ral, el Estado, sobre todo en los países de régimen dirigista, y en todas partes los sindicatos, los partidos políticos, hasta las iglesias se interesan cada vez más activamente por el deporte. Ello, bien seguro, para servirlo, pero también para utilizarlo para sus propios fines: y tanto que el deporte, que casi sucumbió al principio por falta de comprensión, corre hoy día el riesgo de perderse por enajenación.

Pero las lamentaciones no sirven para nada. De una vez y para siempre, ya ha sido superada la época que podríamos denominar del artesanado deportivo, tan definitivamente como lo está la de aquellos adelantados aristócratas que la precedieron. El proceso es irreversible. Además, ¿por qué lamentarse? Es perfectamente normal, incluso objeto de verdadera satisfacción que, habiendo entrado en la gran corriente de la evolución social, el deporte esté además en contacto directo con las fuerzas y las estructuras que dirigen esta evolución.

Sin embargo, es evidente que si no queremos encontrar a la deriva, ha llegado el momento de coger nuestros instrumentos y comprobar el rumbo. Es urgente reconsiderar toda la teoría del deporte si se desea evitar su desnaturalización a causa de una explotación abusiva. Es preciso pensar en su organización, pero más aún en sus finalidades; es decir, en su contribución a la formación del hombre moderno, prestando la debida atención a su esencial originalidad psico-fisiológica, a las profundas alteraciones y a los considerables cambios de dimensión que se han producido en su sustrato social.

Este es precisamente el objetivo que se han propuesto los autores del presente **Manifiesto**; razón por la cual han de ser felicitados y hemos de darles las gracias.

Muy acertadamente, el **Manifiesto** se esfuerza en primer lugar en definir el lugar y el papel que deben reservarse al deporte en la escuela. Si bien el valor educativo del deporte se reconoce desde hace mucho tiempo, el campo total de las posibilidades que a este respecto ofrece, nunca han sido adecuadamente explotado ni, incluso, convenientemente explorado. Ante todo hay que decir que la integración del deporte en el proceso total de la formación de la personalidad, mediante el establecimiento de relaciones profundas entre las actividades deportivas y los otros componentes de la educación, es un problema que espera todavía su verdadera solución. Con demasiada frecuencia el deporte continúa siendo en la escuela una fórmula de recreo, una actividad de compensación, incluso una válvula de escape. El deporte no cumple plenamente su función educativa sino cuando las mismas disposiciones y actitudes morales de la personalidad del alumno y del estudiante son desarrolladas conscientemente y sistemáticamente, tanto en los ejercicios físicos como en los intelectuales o prácticos.

Estamos muy lejos todavía de esta pedagogía, cuya necesidad es manifiesta y a la que la juventud ya se ha abierto enteramente. Los responsables de los programas y de la administración escolares y universitarios, así como también los de la formación de maestros deberán hacer grandes esfuerzos para alcanzar este objetivo. Los autores del **Manifiesto** tienen mucha razón al insistir en este punto.

Los ratos de ocio son —o deberían ser— para el adulto lo que la escuela y la universidad son para el niño y el joven: no el reverso, el otro aspecto de la vida, sino aquel acolchado intervalo en que se dispone de tiempo para experimentar la vida, en que imparcialmente se reflexiona sobre su verdadero significado. Es una aberración consagrar los ratos de ocio al divertimento, es decir, en su sentido literal, al olvido de sí mismo: su verdadero destino es, por el contrario, devolvernos a nosotros mismos liberados, purificados de obligaciones y de las deformaciones de lo útil y lo convencional.

El deporte, que bajo sus diferentes formas ocupa un lugar tan importante en los ratos de ocio, puede desempeñar un papel fundamental en la conversión de tales ratos en factor que contribuya al pleno desarrollo de la personalidad humana. Sin embargo, para conseguir esto es preciso que el deporte no sea concebido y practicado como una simple ocupación del tiempo libre, sino como una actividad predominantemente educativa. El término «educativo», entendido aquí en su acepción más amplia y profunda, no debe sorprender. Cada vez con mayor frecuencia se está utilizando el concepto de «educación permanente» para definir la obligación que hoy día pesa sobre los adultos, en el caso de que deseen desempeñar un papel activo y creador en un mundo donde los conocimientos y la tecnología se encuentran en un estado perpetuo de fluidez y progreso, de continuar su educación y su adiestramiento para tareas siempre cambiantes cuando ya está ampliamente superado el período normal de escolaridad e, indudablemente, en grado mayor o menor, a lo largo de sus vidas. La educación escolar, e incluso la universitaria, no es más que la fase primera —la más formal porque, en gran medida, es organizada por terceros para jóvenes que no disponen todavía de libertad para decidir por sí mismos— de esta educación permanente. Pero el conjunto del proceso es fundamentalmente el mismo, y el deporte debe desempeñar en los ratos de ocio del adulto el mismo papel formativo que en la educación de los jóvenes.

En el caso de los adultos, esta dedicación al deporte de sus ratos de ocio presupone, desde luego, una organización tan cuidadosamente pensada e incluso más compleja que la que generalmente se encuentra en escuelas y universidades. Ahora bien, hay que reconocer que esta organización sigue siendo rudimentaria en muchos países y que, donde existe, no está siempre orientada en un sentido educativo y menos todavía con miras a una educación desinteresada, consagrada exclusivamente al desarrollo de la libre personalidad del individuo. Por ello, se debe uno felicitar de que el **Manifiesto** no se limite a recordar las virtudes inherentes al espíritu deportivo que constituyen la contribución específica del deporte a la educación de los adultos, y que precise las medidas prácticas y técnicas que igualmente son necesarias para que el deporte disponga de medios adecuados a las dimensiones de los ratos de ocio que tiene la misión de animar.

Por último, el **Manifiesto** aborda el tema particularmente discutido del deporte de alta competición. Dicho tema, aunque aparentemente sólo interese a los especialistas, tiene en realidad un gran significado. En efecto, no solamente la élite deportiva, como toda élite verdadera, desempeña un papel de adelantado y modelo para el conjunto del movimiento, sino que a causa y en relación con la competición de más alto nivel intervienen las fuerzas y los intereses exteriores —particularmente económicos y políticos— que tienden cada vez más a organizar el deporte y a determinar su orientación. Por ello, no es exagerado decir que el futuro del deporte en el mundo y en la comunidad dependerá, en gran medida, de la concepción que se haya adoptado de la competición de más alto nivel y del estatuto que se haya dado a los atletas que se consagran a ella.

Estas rivalidades, estos enfrentamientos, donde nuestra época encuentra su espectáculo más apasionante, ¿constituyen una fórmula de emulación donde el printemps de l'espèce, para usar las palabras de Coubertin, se esfuerza, bajo la disciplina de normas comunes, en hacer retroceder sin cesar los límites físicos y morales del esfuerzo humano? ¿O, por el contrario, representan tales rivalidades una simple diversificación hacia combates ficticios de la ancestral y sufrida brutalidad o, más simplemente, una diversificación de la voluntad de poder encaminarla al logro de una perfección física que se satisface en su propia superioridad sin traducirse en dominación efectiva? Una catharsis tranquilizadora, en definitiva. ¿O hay

que ver en tales enfrentamientos el prolongamiento, la expresión e, incluso, a veces, el instrumento de antagonismos verdaderos cuyas causas y motivos hay que buscar en otras partes: en los prejuicios nacidos de pasados conflictos o en las incompatibilidades políticas e ideológicas que hoy día oponen a los hombres? La senda que el deporte seguirá en el futuro depende de las respuestas que demos a estas preguntas. O será el camino del humanismo, pues humanismo es purificar la bestia, si es que la hay, y más todavía, formar el carácter mediante un entrenamiento integral del cuerpo y del alma, o será el de la patriotería, si no el del racismo, donde el hombre se destruye en conflictos degradantes. Se comprende que la UNESCO conceda a esta cuestión una importancia extrema.

Por esta razón me alegra particularmente ver que el *Manifiesto* insiste sobre la importancia del «juego limpio», que da al deporte su cualidad humana y que está formado por una total lealtad hacia el adversario, hasta en la más ardiente lucha, y por una exigencia moral hacia sí mismo. Es a partir de esta situación espiritual cuando el deporte, al resistir a las peligrosas tentaciones y explotaciones de la voluntad de poder, puede aportar su preciada contribución a la comprensión internacional.

Por el contrario, el *Manifiesto* es muy explícito al aludir al problema del estatuto social de la élite deportiva. Muy claramente se define el dilema que se presenta actualmente al campeón obligado a elegir entre una condición de aficionado que, con toda evidencia, es materialmente incompatible con las exigencias técnicas de la competición de más alto nivel y un profesionalismo que le excluye de ciertas competiciones, de las más famosas y, especialmente, de los Juegos Olímpicos.

Muy honradamente establece principios, a la vez justos y realistas, de una reforma cuya necesidad se hace cada día más indispensable, pero cuyas disposiciones prácticas pueden evidentemente diferir según las situaciones. Estas disposiciones son un asunto esencialmente interno que incumbe a la organización propia de cada deporte y de cada país y que como tales no puedo comentar. Pero, lo que sí tengo que decir es que, sean cuales fueren las medidas adoptadas, sólo podrán considerarse válidas con la doble condición de que supriman la hipocresía actual y aseguren el porvenir social de la élite deportiva. Las normas que siguen obligando sobre el papel a aquella a un «amateurismo» incondicional proceden de una concepción aristocrática del deporte que ya no corresponde a la democratización masiva del mismo. Y el «amateurismo marrón» del campeón que esta democratización ha hecho inevitablemente surgir para soslayar aquellas reglas de épocas ya superadas, constituye un engaño que desacredita a todos aquellos —directivos y atletas— cuya misión es ofrecer al deporte en general un modelo tanto de rectitud moral como de cumplimiento físico.

Sea como quiera, tales proposiciones constituyen campo adecuado de útiles reflexiones y entiendo que tal es el auténtico objetivo del *Manifiesto*.

En efecto, el *Manifiesto* no pretende ni suministrar una doctrina completa y definitiva que aquél trataría únicamente de difundir, ni ofrecer un programa de inmediata aplicación ni, menos todavía, el plan de un movimiento organizado. Muy al contrario, su único y verdadero objetivo consiste en una invitación a la investigación y al pensamiento crítico. Invitación ciertamente orientada, pero abierta a todas las iniciativas y a todas las deducciones. Es punto de partida, no de llegada.

Como tal, deseo vivamente que su llamada halle eco en todo el mundo y que sea objeto de cuidadoso examen por parte de todos aquellos a quienes concierne el deporte: dirigentes deportivos, educadores, poderes públicos, estructuras organizadas del trabajo y de los ratos de ocio.

La UNESCO seguirá con la mayor atención y simpatía este proceso de reflexión. Lo que el hombre moderno más necesita no es el control sobre la naturaleza, aunque fuere la suya propia, lo que precisa es claridad en el empleo que realiza de su libertad. Y esta lucidez exige un ejercicio perpetuamente renovado.

René MAHEU

Director General
Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura

INTRODUCCION

por el Right Hon. Philip. Noël-Baker, Presidente del C.I.E.P.S.

Desde 1945, los Juegos Olímpicos han constituido importantes hitos en el mundo de la posguerra. Wembley, Helsinki, Melbourne, Roma y Tokio son nombres que aumentaron la fama y la gloria del movimiento olímpico. Cada vez que se han celebrado los juegos, centenares de millones de personas han seguido con esperanza y orgullo los logros de sus campeones nacionales. En cada ocasión, aquellos campeones han vivido, en el Estadio y en la Ciudad Olímpica, una camaradería que jamás olvidarán. En cada ocasión se ha comprobado que el deporte —como ya lo advirtió el Barón Pierre de Coubertin— puede constituir un pujante medio de comprensión internacional. Los Juegos Olímpicos han demostrado a los atletas, los espectadores, la Prensa y el mundo entero, que la vida puede ofrecer cosas más nobles que el sórdido militarismo nuclear y que las insensatas pugnas políticas que hoy día parecen obsesionar a tan gran número de gobiernos.

Pero los organizadores de los Juegos, los que dirigen los deportes que figuraron incluidos en el programa, los que rigen y entrenan a los equipos, saben que detrás del romanticismo y del encanto de los estadios existen problemas, graves y urgentes problemas, con los que hay que enfrentarse y que han de ser resueltos.

Hoy día, los deportes proporcionan los mayores espectáculos del mundo. Atraen las multitudes más numerosas. Pueden cobrar los precios más elevados. El dinero —actualmente y en muchos países, grandes sumas de dinero— está implicado en todo el problema. Han de realizarse grandes inversiones de capital y se precisan enormes recursos anuales para arbitrar los terrenos deportivos, los estadios, los equipos, los conjuntos y los entrenadores, sin todos los cuales los atletas no pueden alcanzar los niveles más elevados de habilidad atlética.

Para comenzar con jugadores y atletas, ha de decirse que aquéllos han de dedicar mucho tiempo a realizar muchos esfuerzos antes de conseguir una clase mundialmente reconocida. Inevitablemente, esto les origina gastos y, en muchos casos, su dedicación atlética se interfiere con su vida familiar y su trabajo. Cuando aquéllos ven cómo los organizadores de las competiciones en que participan obtienen grandes beneficios de su personalidad y de su pericia, se preguntan por qué no pueden, al igual que otros artistas, participar en algún grado de tales beneficios. Esto puede suceder con hombres y mujeres cuya devoción por el deporte sea del tipo más idealista. Así surge el problema del «amateurismo marrón», con la insidiosa destruc-

ción de la integridad personal y colectiva que tal condición de aficionado implica. Este problema se está convirtiendo, o ya se ha convertido, en un verdadero peligro para el deporte de gran calidad.

Otro peligro, la patriotería, puede fácilmente surgir en las grandes competiciones internacionales, especialmente si la Prensa deportiva no posee un sentimiento adecuado de la grave responsabilidad que sobre ella pesa. En estos casos, la gente concederá una importancia exagerada a la victoria y ello puede llevar a la prevaricación, la brutalidad, el drogado e, indudablemente, a toda clase de excesos.

Por consiguiente, el dinero y la patriotería ponen en peligro los ideales sobre los que se han cimentado los Juegos Olímpicos y todas las federaciones deportivas internacionales y, muy particularmente, las normas del «juego limpio».

El «juego limpio» es la esencia, el *sine qua non* de todo juego o deporte que sea digno de tal nombre.

Es tan esencial en un deporte profesional como en otro aficionado. El «juego limpio» exige una sumisión a los reglamentos no sólo estricta, sino también complacida y espontánea, una sumisión tanto al espíritu como a la letra de las normas. Todo esto implica respeto tanto para el oponente como para uno mismo. Sin «juego limpio», una competición deportiva puede convertirse en una experiencia degradante y humillante. Tanto en competiciones nacionales como en mundiales, en ciertas ocasiones ha habido brotes de juego desleal. Si tales brotes se difunden, se perderá el valor pedagógico del deporte, su valor como medio de esfuerzo y disfrute colectivo, su valor como instrumento de una buena comprensión internacional.

Tras celebrarse los Juegos Olímpicos de Roma, el Consejo Internacional para la Educación Física y el Deporte estudió con gran interés una serie de importantes cuestiones. En Tokio, su Asamblea General aprobó un proyecto de **Manifiesto** que analizaba tales problemas y que sugería fórmulas para su solución. Dicho proyecto de **Manifiesto** se remitió a todos los dirigentes del mundo deportivo, e igualmente a todos aquellos a quienes preocupa el porvenir del deporte, para que unos y otros lo discutieran libremente.

En respuesta a esta solicitud se han recibido numerosas sugerencias de personas calificadas y responsables. A la luz de tales sugerencias, se ha preparado una nueva versión del **Manifiesto** citado.

El Consejo Internacional para la Educación Física y el Deporte, espera que el **Manifiesto**, resultado de tantas reflexiones y de tantos esfuerzos, responderá de manera adecuada a una serie de interrogantes planteados desde hace ya mucho tiempo y recibirá el apoyo masivo que en opinión de aquel órgano merece.

PREAMBULO*

El deporte

1. El deporte es toda actividad física con carácter de juego, que adopte forma de lucha consigo mismo o con los demás o constituya una confrontación con los elementos naturales.
2. Si dicha actividad implica competencia, siempre habrá de realizarse con espíritu deportivo. Sin «juego limpio» no puede haber verdadero deporte.
3. El deporte así definido constituye un notable medio de educación.

Grupo Deportivo

1. La lealtad en la competición es la garantía de que son auténticos los valores que se manifiestan en el estadio. La lealtad confiere una cualidad humana al mundo del deporte.
2. El deporte anima a los hombres a reunirse en una atmósfera de alegría y sinceridad. Les permite conocerse y respetarse más plenamente y despierta en ellos un sentimiento de solidaridad y el amor por la actuación noble y desinteresada. Da una nueva dimensión a la idea de fraternidad.
3. Por consiguiente, un grupo deportivo es una familia. El secreto de su cohesión radica en la simpatía y el calor humano que cada uno encontrará en él y en la amistad que puede nacer en las competiciones deportivas.

El desarrollo del hombre mediante el deporte

1. El deporte, cuando se adapta a las necesidades y habilidades específicas de cada individuo, constituye una fuente de salud y equilibrio.
2. El deporte anima al hombre a actuar y participar en un campo que queda al margen de las necesidades de la vida cotidiana. El deporte desarrolla la afición del hombre a la iniciativa y la responsabilidad.

* Extracto de los trabajos de la «Commission de la Doctrine» del Alto Comité de los Deportes de Francia.

3. Da al hombre oportunidad de conocerse, de expresarse, de superarse. Le permite disciplinar su acción y aumentar su rendimiento. Le libera de ciertas limitaciones físicas y, al así hacerlo, le revela una libertad —la «libertad física»— que de otro modo rara vez se experimenta.
4. Como factor de desarrollo individual y como parte esencial de toda organización social el deporte contribuye al progreso humano.

El derecho de todos a practicar el deporte

1. El deporte debe ser parte integrante de todo sistema educacional. Se precisa para la educación equilibrada y completa de los jóvenes a los que prepara para la sana utilización de sus ocios en la edad adulta.
2. Es incompatible con el espíritu del deporte toda tentativa para restringir el acceso al mismo por consideraciones sociales, políticas o religiosas, o para establecer cualquier otra discriminación de similar cariz.
3. Cualquiera que sea su nivel social, todo deportista debe tener la oportunidad de conseguir en su deporte el logro de sus posibilidades.
4. Las instalaciones deportivas deben permitir a todo el mundo practicar en circunstancias favorables el deporte de su elección.

Los deberes del deportista

1. El deportista debe obedecer con absoluta lealtad el espíritu y la letra de los reglamentos.
2. El deportista debe respetar a sus contrarios y a los árbitros del encuentro antes, durante y después de la competición. En cualquier circunstancia, debe mantener hacia el público una actitud correcta.
3. El deportista debe mostrarse en todo momento dueño de sí mismo, manteniendo su calma y su dignidad. Empleará toda su fortaleza en el logro de la victoria, pero será capaz de evitar el descorazonamiento que puede acompañar a la derrota o la vanidad que algunas veces emana del triunfo. Su mejor recompensa consiste en la sensación de bienestar y en la alegría que nace del esfuerzo.

Los deberes del dirigente deportivo

1. El dirigente se enfrenta con una misión de educación física y moral y debe mostrarse digno de su responsabilidad. Le incumbe especialmente el deber de mantener el ideal del «amateurismo», sin el cual el deporte perdería una de sus principales virtudes.

2. El dirigente debe comprender la naturaleza social del deporte practicado en los ratos de ocio y debe intentar crear en el grupo que dirige una amplia base de solidaridad que trascienda de los simples intereses deportivos.
3. En su actuación, el dirigente debe estar siempre inspirado por el ideal de promover el desarrollo humano a través del deporte. Debe vigilar se respete el «juego limpio», permitiendo así que el espíritu del deporte se desarrolle en servicio del humanismo y de la paz.

LA CONTRIBUCIÓN DEL DEPORTE A LA HUMANIDAD

El deporte que, en alguna de sus formas, ha existido desde que existe el hombre civilizado, ha evolucionado hacia nuevas fórmulas en los siglos XIX y XX al producirse su gran difusión. Su organización se ha desarrollado empíricamente, en gran parte a través de la actuación de particulares, de clubs y a través de los diversos órganos nacionales e internacionales que gobiernan los deportes. Mucho ha sido lo conseguido, muchos los problemas resueltos; se ha logrado que las competiciones se desarrollen bajo el signo de la lealtad y se han adoptado medidas para que los deportes se pongan al servicio de los mejores intereses de los que en ellos participan.

Sin duda alguna, el deporte así organizado ha contribuido de forma sustancial a la felicidad de la humanidad. Han quedado ampliamente satisfechas las esperanzas de aquellos que, inspirados por la visión y el aliento del Barón Pierre de Coubertin, han logrado dar a las actividades deportivas un sitio en la ciudad y a los Juegos Olímpicos un significado siempre creciente.

Nuevos problemas en un mundo en transformación

En los últimos cincuenta años y sobre todo durante los veinticinco últimos, el hombre ha tenido que hacer frente a graves problemas.

Los cambios económicos y tecnológicos han mejorado sus condiciones de vida, pero también han engendrado nuevos peligros para su salud y especialmente para su equilibrio psíquico. Por ejemplo, tales cambios han disminuido el esfuerzo físico en la existencia cotidiana, pero, al mismo tiempo, han determinado nuevas exigencias, especialmente en el plano nervioso: atención prolongada, reacciones rápidas, compleja coordinación de los movimientos, etc.

En el mismo período, el deporte ha evolucionado profundamente y se ha expandido por diversos grupos sociales y por todas las naciones, lo que se explica fundamentalmente por los numerosos cambios experimentados por el mundo y por los problemas nuevos así planteados.

Indudablemente, el deporte no puede dar por sí solo solución a todos aquellos problemas, pero, de manera general, contribuirá a su solución en mucha mayor medida de la que habitualmente se supone.

He aquí algunas novedades que repercuten sobre el deporte:

1. La evolución de los procesos industriales, pues si bien aquéllos exigen de algunas personas nuevas cualidades de habilidad y de destreza, también determinan frecuentemente la realización de un trabajo fragmentario, monótono y de elevada tensión nerviosa.
2. El proceso de industrialización determina el crecimiento de las zonas urbanas, lo que a su vez origina importantes modificaciones del ámbito vital y del modo de vida: alejamiento de la naturaleza, relajamiento de los lazos familiares, avance de la civilización de consumo, largos y fatigosos desplazamientos diarios, anonimato de la vida cotidiana, etcétera, factores todos que van alterando la personalidad.
3. Van aumentando los ratos de ocio disponibles para el desarrollo individual, pero, paralelamente, se multiplican las fórmulas para ocuparlo, fórmulas que sólo exigen del individuo una participación pasiva, sin posibilidad ni de iniciativa ni de creación.
4. Debido al crecimiento acelerado de los conocimientos y a la necesidad de una continua adaptación, una parte cada vez mayor de los ratos de ocio ha de consagrarse a una educación permanente de tipo intelectual.
5. Hoy día, la actividad intelectual es más importante que la actividad física. Desde luego, aún existen ocasiones de manifestar las cualidades de fuerza, resistencia y agilidad, pero cada vez son menos frecuentes.
6. Ciertos rasgos del carácter que especialmente se ponen de relieve durante la actividad física —por ejemplo, el coraje y el dinamismo físicos— encuentran hoy día, para la mayoría de los individuos, menos ocasiones de manifestarse en la vida ordinaria que lo que antes lo hacían y ello pese a que el mundo moderno, con la exploración del espacio, de las profundidades del océano y de lejanas regiones de la tierra, abren nuevas perspectivas para una pequeña minoría de adelantados, a los que se exigen cualidades físicas y morales extraordinarias.

La contribución del deporte a la solución de estos nuevos problemas

El deporte, a la vez esfuerzo físico, lucha, juego y ocasión de participación social, satisface ciertos gustos y necesidades esenciales del individuo. Ello explica la audiencia universal de que siempre ha disfrutado. Sin embargo, la civilización moderna le presta un significado aún mayor y una especial vocación.

El deporte se está convirtiendo, efectivamente, en un elemento compensador indispensable de las tensiones de la vida moderna. Sólo él puede crear y proteger el equilibrio físico y psíquico del hombre, amenazado por las consecuencias de la industrialización, la urbanización y la mecanización.

Ofrece además un medio excepcional de formación de la juventud. En una educación que con excesiva frecuencia está exclusivamente encaminada a la sola adquisición de

conocimientos, el deporte exige y desarrolla ciertas cualidades del carácter que se revelan fundamentales en la acción. Es una de esas raras actividades que exigen simultáneamente la participación del cuerpo, de la inteligencia y de la voluntad. Es también un ocio activo que estimula la participación y la iniciativa. Su variedad y las posibilidades de adaptación que implica permiten a cada uno, según sus aptitudes y sus deseos, expresarse y realizarse. De ahí que aporte una solución interesante al problema del tiempo de ocio, favoreciendo la distensión, la distracción y el enriquecimiento de la personalidad.

Es, en fin, el fundamento de una estructura social viva, que ignora la jerarquía basada en el dinero o la profesión y que garantiza al individuo contra el anonimato de las relaciones cotidianas de trabajo o vecindad. Da así una nueva dimensión a las relaciones humanas al abrir paso a una jerarquía paralela y su universalidad le suministra un soporte concreto sobre el que construir felices contactos nacionales e internacionales.

Por otra parte, el deporte se está convirtiendo en un elemento esencial de cultura. Inicia una ética, una manera de ser, un comportamiento moral, al mismo tiempo que aporta una contribución original al conocimiento de sí mismo y de los demás. En gran número de sus manifestaciones, especialmente en las actividades al aire libre, su ejercicio enriquece la sensibilidad. El deporte se sirve y sirve a la ciencia. Los análisis científicos relativos a los aspectos fisiológico, sociológico, psicológico y pedagógico del ejercicio físico, los estudios humanistas de carácter histórico, estético y filosófico, la investigación aplicada a los terrenos médico y tecnológico, son todos factores que han permitido una mejor comprensión del fenómeno deportivo, un mejor conocimiento de la acción a desarrollar y un gran progreso de las ciencias humanas.

Todo cuanto acaba de decirse interesa por igual tanto a los países industrializados como a aquellos en vías de desarrollo, bien que aparentemente algunas de las transformaciones mencionadas afecten hoy día de manera más intensa a los primeros que a los segundos. Por ello interesa poner de relieve los beneficios específicos que conciernen a los países del Tercer Mundo. Dichas naciones aciertan al considerar el desarrollo del deporte como un objetivo menos importante que la lucha contra el hambre, el paro, una natalidad excesiva o comportamientos sociales inadecuados. Pese a ello, el deporte posee justificaciones propias y debe ser integrado en los planes de desarrollo, ya que puede ayudar eficazmente a mejorar la salud, la resistencia y la eficacia de las poblaciones, a reforzar la unidad nacional, a favorecer la participación en la vida internacional, a disminuir las tensiones raciales y, en una palabra, a acelerar el proceso de desarrollo.

Por consiguiente, el deporte se define con carácter muy general como una actividad particularmente adaptada a las diversas necesidades del mundo contemporáneo. Puede y debe contribuir en el futuro, de manera más decisiva aún que en el pasado, al desarrollo del hombre y a su mejor integración social.

Así pues, han de ponerse todos los medios para asegurar el desarrollo de esta actividad. Los que, por cualquier causa, estén preocupados por el futuro del hombre y de la sociedad, habrán de asegurarse de que se toman las medidas necesarias a aquel respecto.

El objetivo de este Manifiesto es recordarles su responsabilidad e intentar bosquejar las grandes líneas de acción que conviene introducir en los tres dominios esenciales del deporte: en la escuela, en los ratos de ocio y en la competición del más alto nivel.

EL DEPORTE EN LA ESCUELA

El deporte, parte integrante de la educación

Desde hace ya tiempo se reconoce la importancia de la actividad física en la educación de los jóvenes. El deporte contribuye a un armonioso desarrollo físico de aquellos, les prepara psicológicamente para el esfuerzo, les ayuda a su equilibrio físico y psíquico, participa en la formación de su voluntad y de su carácter y favorece su adaptabilidad social.

La educación moderna debe además preparar al niño para el empleo de sus ocios de joven y de adulto. Para que el hombre practique el deporte durante toda su vida, es preciso que en la infancia adquiera el hábito y la costumbre de hacerlo. Corresponde a la escuela adaptar sus programas y su pedagogía de forma que dicho hábito y dicha afición queden profundamente arraigados.

Una educación equilibrada

La formación intelectual, física, moral y estética del individuo, cualquiera que sea su papel último en la sociedad, necesita, según va creciendo aquél, un adecuado equilibrio entre las diversas disciplinas, equilibrio que debe reflejarse en el contenido de los programas y en los horarios. Ahora bien, a no ser que se establezca un límite razonable a las exigencias de las disciplinas puramente intelectuales, tal equilibrio no pasará de ser una piadosa esperanza.

Entre un tercio y un sexto del horario total debe dedicarse a la actividad física, disminuyendo esta proporción conforme el niño crece. Esta actividad debe implicar fundamentalmente un entrenamiento físico general —de tipo correctivo, si es necesario— juegos y actividades al aire libre y debe orientarse hacia el deporte en proporción creciente conforme el niño crece.

Programas apropiados

Los principios expuestos son igualmente aplicables a los niños que a las niñas. Por consiguiente, la actividad física y deportiva debe tomar en consideración al mismo tiempo la edad de los alumnos, su sexo y también sus posibles limitaciones. Dado el creciente papel que el deporte ocupa en los programas, es cada vez más imperiosa la necesidad de un control médico frecuente y preciso que permita detectar las incapacidades e insuficiencias y evitar los excesos.

El primer cuidado de los maestros debe ser preocuparse de que las actividades practicadas se adapten e interesen directamente, a los alumnos, pero merecerán un interés especial aquellas que puedan desarrollarse durante toda la vida. Igualmente, los programas deben prever aquellas actividades que puedan practicarse por grupos de individuos de sexos y edades diferentes; por ejemplo, por la familia.

Un equipo adecuado

Desde luego, la existencia de un equipo adecuado condiciona la realidad de la integración del deporte en la escuela. Siempre que sea posible, las instalaciones deberán estar situadas en

el interior o cuando menos en la inmediata proximidad de la escuela y habrán de estar de tal modo concebidas que, fuera de los horarios escolares, puedan ser utilizadas por las gentes de los alrededores.

El deporte como ocasión para desarrollar una actividad libre

En mayor grado que otras muchas actividades propuestas por sus maestros, el deporte ofrece al niño la posibilidad de actuar libremente y el placer de utilizar sus conocimientos sin ser forzado a ello. Gracias, por ejemplo, a las asociaciones deportivas, debe encontrarse un punto de equilibrio entre los períodos de iniciación y los de iniciativa, entre el trabajo dirigido y el trabajo personal.

El deporte como preparación de la actuación responsable

Merced al ejercicio de las funciones de capitán, de árbitro, de organizador, etc., el escolar, más tarde universitario, debe encontrar en la actividad deportiva una ocasión preciosa para desarrollar una duradera afición por el papel de animador y para encontrar su sentido de la responsabilidad. Es deber del escolar desarrollar tal afición y tal sentido y para ello habrá de permitirse que las actividades deportivas encuentren entre los adultos los ejemplos, la comprensión y el impulso que exige su desarrollo.

La importancia del «juego limpio»

En los deportes de competición es preciso velar rigurosamente por un respeto leal y total de las reglas y por una completa aceptación de las decisiones arbitrales: el niño deberá comportarse como un «verdadero deportista». Jamás se subrayará lo suficiente que es en los terrenos deportivos escolares donde el individuo habrá de adquirir una justa concepción del «juego limpio».

Desarrollo de la superior habilidad deportiva

En la medida de lo posible, la educación deportiva debe estar armoniosamente diversificada. Por consiguiente, debe permitirse al niño que, cuando demuestre sus especiales cualidades para cualquier deporte, alcance, mediante un entrenamiento adecuado, un elevado nivel. Si tal meta exige el desarrollo de una actividad deportiva fuera del marco escolar, dicha actividad habrá de fomentarse... Sin embargo, a este respecto, los padres, los maestros, los médicos y los entrenadores soportan una gran responsabilidad: por muy dotado que esté un niño jamás habrán de forzarle a hacer más deporte que el que desee; habrán de velar para que su educación sea equilibrada y para que no se pongan en peligro los previsibles intereses de su futuro.

Cualificación de los profesores

Sobre la base de que los profesores habrán de ser técnicamente competentes en la materia que enseñen, el mejor clima pedagógico se consigue cuando los maestros que enseñan la acti-

vidad física lo son también de una disciplina intelectual y cuando los especialistas en este tipo de disciplinas también enseñan deporte.

Los maestros jamás deben olvidar que la educación debe preparar para la vida de adulto y para un comportamiento autónomo en el período extra y post-escolar.

CAPITULO II

EL DEPORTE EN LOS RATOS DE OCIO

El deporte, placer variado y formativo

La calidad de una civilización depende en parte de los ratos de ocio que ofrece y de su adaptación a las necesidades sociales. Las nuevas condiciones de vida y de trabajo acrecientan la duración y la importancia de los períodos de ocio, períodos que están llamados a desempeñar un papel cada vez más decisivo en el desarrollo individual.

Los períodos de ocio son el dominio privilegiado de las selecciones individuales y de la libertad. Es preciso que aquéllos ofrezcan a cada individuo numerosas opciones aptas para satisfacer todas las necesidades y todas las aficiones. Por ejemplo, en lo que se refiere a los ocios deportivos, es preciso que las personas a quienes no les gustan o les gustan poco las formas tradicionales del deporte de competición, encuentren condiciones adecuadas que les permitan practicar actividades físicas adaptadas a sus posibilidades y otras desarrolladas al aire libre. Especialmente estas últimas adquieren una gran importancia en nuestra civilización urbana en razón de su variedad, de su perfecta adaptación a las posibilidades y a los deseos personales, de la vuelta a la naturaleza que implican y de su evidente virtud como medio de unión familiar.

Hablando en términos generales, el deporte se nos presenta como un ocio selectivo, en razón de que favorece, al margen de la vida profesional, la expansión de la personalidad del individuo. Las organizaciones juveniles y las asociaciones culturales deben comprender que es indispensable dediquen particular interés a las actividades físicas. Por su parte, las organizaciones fundamentalmente deportivas deben tomar conciencia de la necesidad de crear entre sus miembros, más allá de la simple afición por las actividades deportivas, el sentimiento de que aquéllas aportan una contribución preciosa a la formación del conjunto del hombre.

El deporte como ocasión de contactos sociales

El deporte, accesible para todos, cualquiera que sea su cultura y su situación social, reúne a los hombres más diferentes en una actividad común que desarrolla el conocimiento mutuo y el espíritu de equipo, factores ambos de progreso individual y social.

El espíritu deportivo

Las implicaciones pedagógicas del deporte bajo todas sus formas, su carácter cultural y social, obligan a los dirigentes de los clubs y a los educadores que les secundan a velar por un respeto absoluto del espíritu que da a las actividades deportivas su nobleza y su valor moral.

El espíritu deportivo se identifica con el «juego limpio», es decir, un respeto leal de la regla escrita y no escrita. La deportividad exige durante la competición una generosa actitud hacia el contrario, la más estricta disciplina en relación con el árbitro y el dominio de sí mismo tanto en la victoria como en la derrota. Se trata sin duda de la regla fundamental del deporte, al que confiere su carácter caballeresco.

Por otro lado, sus efectos benéficos pueden desbordar los límites del estadio. La honestidad del verdadero deportista en la existencia cotidiana será un ejemplo para todo el mundo, y su generosidad se manifestará en numerosas actividades altruistas de la comunidad. De esta manera, a través del deporte, el «juego limpio» podrá constituirse en una ética vital.

El deporte aficionado

El desinterés material que lleva implícito el deporte de los períodos de ocio favorece la formación del espíritu deportivo al ayudar a crear el clima adecuado en que se desarrollará el «juego limpio». Sin embargo, esto no significa que ambos factores sean inseparables: hay profesionales que muestran el mejor espíritu deportivo y aficionados que no lo poseen en modo alguno.

Si el «amateurismo» —es decir, aquel estado mental del atleta que practica el deporte de manera desinteresada, por el solo placer de la lucha y por la alegría del logro— no puede ya seguir siendo considerado como fundamento del deporte, si sigue siendo la actitud natural de todos aquellos que practican el deporte como ejercicio de su ocio. Su objetivo es el juego, el bienestar que resulta del esfuerzo, su progreso personal. En cuanto actitud gratuita que se practica sin ninguna otra finalidad que la de conseguir descanso, recreo y mejora, el deporte adquiere aquí su forma ideal; es aficionado en el pleno sentido de la palabra y es importante que lo sea y lo continúe siendo para la gran masa de deportistas.

El equipo necesario

La preparación de un programa de actividades deportivas que vaya a desarrollarse en los ratos de ocio y por el mayor número posible de personas, implica que haya de ponerse a disposición de éstas el equipo preciso. Es lógico y deseable que la iniciativa individual contribuya a la creación y el mantenimiento de pequeñas unidades deportivas, pero la construcción de instalaciones es una empresa de alto nivel que fundamentalmente corresponde al Gobierno, las comunidades locales y las grandes organizaciones privadas. Su acción en ese campo, lejos de ser expresión de paternalismo o interferencia del Estado, ha de adoptar el carácter de una inteligente inversión social realizada en nombre de la comunidad.

Además, es esencial que al realizarse el planeamiento de los medios se tome en cuenta la existencia y el desarrollo de diferentes clases de ocios: los diarios, los fines de semana y los períodos anuales de vacaciones. Siguiendo esta línea de pensamiento, también habrá de subrayarse la importancia que encierran, junto a los deportes tradicionales, los que se practican en la naturaleza. Estas actividades satisfacen el irresistible deseo que experimenta el hombre moderno de escapar y su instintiva necesidad de ponerse en contacto con los elementos naturales.

Los medios de ejercicio tanto en los deportes tradicionales como en los de la naturaleza habrán de diseñarse en forma tal que resulten realmente atractivos. En el grado posible,

deberán interesar tanto a los jóvenes como a los adultos y ofrecerán la posibilidad de una actividad deportiva conjunta de la familia.

Dirigentes y entrenadores

La presencia en cada unidad deportiva de dirigentes y entrenadores especializados es precisa para la organización y dirección de aquéllas. Los entrenadores deberán ser competentes y poseer el don de inspirar a los entrenados, lo cual sólo puede conseguirse mediante un serio entrenamiento y una verdadera vocación. Habrán de estar además impregnados de la atmósfera de alegría y libertad que presta al deporte su carácter de actividad que se ejerce en los ratos libres.

Es importante adoptar una posición decidida contra el pasivo ocio comercial que está reduciendo al hombre al estado de simple «consumidor del ocio». En ello radica la razón de por qué debe reconocerse como necesidad social la profesión de dirigente de un ocio activo.

CAPITULO III

EL DEPORTE DE ALTA COMPETICION

El deporte y la promoción de campeones

El ideal de perfeccionamiento que anima al deporte lleva inevitablemente al deporte de alta competición. Esta forma de deporte constituye un destacado espectáculo, es un elemento de solidaridad entre los grupos deportivos y una oportunidad para conocerse que se ofrece a la juventud de todo el mundo. Sirve a la sociedad en igual grado que es esencial para el desarrollo del deporte entre las masas y para el progreso de las técnicas deportivas y de ciertas ciencias humanas. Además, contribuye al perfeccionamiento humano del campeón al darle la posibilidad de confirmar sus cualidades naturales y de alcanzar su propio logro a través de la lucha y el esfuerzo. Es siempre un factor para el avance social del campeón y, en algunas ocasiones, también para su promoción profesional.

Sus peligros

Participación excesiva.

Los adolescentes, e incluso los niños, cada vez participan más en la competición deportiva. Tal evolución es natural y deseable, pero conviene denunciar ciertos excesos que se producen en los entrenamientos, en la participación en competiciones y en la importancia otorgada a los resultados, ya que todos ellos pueden amenazar la salud física y el equilibrio psíquico de los atletas jóvenes.

Mala orientación social

Mal aconsejados por su padres y por sus dirigentes deportivos, los atletas jóvenes pueden ilusionarse con la posibilidad de construir su existencia y la de sus familias exclusivamente

sobre sus éxitos deportivos y los recursos que los mismos les deparen. Es muy raro que lo consigan, pero, incluso en el supuesto de lograrlo, no es cierto que una carrera deportiva constituya el mejor logro personal para los interesados. Para un campeón que consiga una auténtica valoración nacional e internacional y que logre con base en ella asegurar su existencia, hay otros millares que —atraídos por la esperanza muy dudosa de una gloria efímera— abandonan prematuramente sus estudios o el aprendizaje de un oficio para darse cuenta demasiado tarde de que han elegido el camino equivocado y de que han hipotecado su porvenir.

Las drogas

Constituyen a la vez un grave peligro para la salud y una práctica desleal contraria al espíritu del deporte. Asociados atletas y dirigentes, se ha emprendido una saludable lucha para preservar la honestidad de la competición y para salvaguardar las virtudes educativas y los beneficios psicológicos del deporte. Debe continuarse con todo rigor.

La patriotería

Es legítimo que un club, una ciudad, un país, se enorgullezcan con la victoria legítimamente lograda por uno de sus atletas o uno de sus equipos y la consideren como un éxito de toda la comunidad. Pero este orgullo no debe jamás, a nivel alguno, degenerar en patriotería, sentimiento bajo y peligroso que puede conducir a la transformación del estadio en un palenque cerrado donde, ante espectadores fanáticos, se enfrenten sin disciplina, sin moderación, atletas decididos a ganar a cualquier precio, y ello porque la vocación del deporte de dar el máximo relieve al ideal del «juego limpio» y de favorecer la comprensión entre los grupos humanos, correría entonces un grave peligro. A cualquier nivel, la patriotería es perniciosa y debe ser combatida.

Y, sin embargo, ciertos gobiernos la han alentado intentando utilizar la competición de alto nivel para el mejor fin de sus intereses políticos. Así han contribuido tales gobiernos a prolongar en los terrenos deportivos los conflictos internacionales y, en algunas ocasiones, han impedido que el deporte cumpla su alta misión humanista y pacificadora.

La comercialización

Ocasionalmente, sociedades comerciales o industriales se han visto tentadas a explotar el deporte para obtener un beneficio material. Esta situación es peligrosa, pues, al transformar el deporte en vehículo publicitario, se arriesgan a introducir un interés puramente material entre los móviles que alientan al atleta y a desnaturalizar el espíritu mismo del deporte.

Los atletas y, en algunos casos, sus padres, los dirigentes deportivos, los educadores, los poderes públicos y los periodistas de la prensa deportiva escrita, hablada y cinematográfica deben adquirir conciencia de las amenazas que pesan sobre el deporte de alta competición y, por consiguiente, sobre el futuro del deporte mismo. Es a ellos a quienes corresponde garantizar este espíritu de mesura, de verdad y de fraternidad que da al deporte su calidad humana, calidad que explica su expansión y su desarrollo extraordinario.